

# Conversación con Ildfonso Manuel Gil

*Francisco Ruiz Soriano*

Es una mañana fría de marzo, cojo el tren de Barcelona para visitar a Ildfonso-Manuel Gil en Zaragoza, donde vive el poeta y profesor tras muchos años de magisterio en universidades norteamericanas. Fue una gran alegría saber de la existencia del autor de *La voz cálida* (1934), después de estar trabajando en la Generación del 36, cuya mayoría de escritores ya han desaparecido. Mi interés y admiración por contactar con este destacado poeta de la Generación de la República viene a raíz de las reseñas que José Luis Hidalgo realizó en la revista *Leonardo* de sus libros y cómo el autor cántabro veía en el poeta aragonés un modelo a seguir para aquella Quinta del 42, que asomaba al panorama poético de la primera posguerra con el debate estético en torno al neoclasicismo garcilasista y una vertiente de preocupaciones humanas; sin duda, la poética de Ildfonso-Manuel Gil en sus *Poemas del dolor antiguo* (1945), aquella donde el vate expresaba la «búsqueda del humano temblor» en los versos, aunque «los mármoles tersos y geométricos resistiesen mejor el peso de los días», marcó el camino hacia la poesía social y existencial de aquellos jóvenes poetas. Hidalgo vio un ejemplo en el quehacer poético y vital en la figura de Ildfonso, quien con una poesía de solidaridad humana asumía el dolor existencial y social de toda una generación marcada por la guerra civil, ideas también muy presentes en *Los muertos* (1947) de José Luis Hidalgo o en *Tierra sin nosotros* (1947) de José Hierro.

Ildfonso-Manuel Gil es un testigo excepcional de toda una época de nuestra historia literaria reciente. Nacido en Paniza, Zaragoza, en 1912, estudió derecho en la Universidad Central de Madrid donde entró en contacto con el mundo literario de la mano de Benjamín Jarnés. Fue cofundador de revistas como *Brújula*, *Literatura* o *Boletín último*. Participó y colaboró en numerosas publicaciones y con *La voz cálida* (1934) inauguró una poesía entre el clasicismo y la vanguardia, entre la experimentación y lo cotidiano del intimismo realista que caracteriza a su generación poética. Tras ganar unas oposiciones en el Ministerio de Educación, se trasladó a Teruel donde le sorprendió el estallido de la guerra civil; allí fue encarcelado y estuvo a punto de ser fusilado. Trabajó en la labor docente y en la gerencia del periódico *Heraldo de Aragón* mientras aparecían sus libros cla-

ves: *Poemas del dolor antiguo* (1945), *Homenaje a Goya* (1946), *El corazón en los labios* (1947). *El tiempo recobrado* (1950), *El incurable* (1957) entre otros. En 1950 ganó el Premio Internacional de Primera Novela con *La moneda en el suelo*, obra de rasgos tremendistas y existenciales. Se trasladó a Estados Unidos en 1962, donde trabajó de profesor en diversas universidades como la de Rutgers y Nueva York, a la vez que surgían sus poemarios *Los días del hombre* (1968), *De persona a persona* (1971), *Luz sonreída, Goya, amarga luz* (1972), *Poemas del tiempo y del poema* (1973), *Elegía total* (1976). Recibió numerosos homenajes y premios entre los que cabe destacar la medalla de Santa Isabel de la Diputación de Zaragoza en 1969 al ser llevada al cine su novela *Juan Pedro el Dallador*, el Premio Luzán en 1976, la medalla de oro en 1982 que concede también el Ayuntamiento de Zaragoza; homenajes en Nueva York, etc., el más reciente el celebrado en honor del poeta el mes de enero de 2002 en Paniza, pueblo del Campo de Cariñena. Es autor también de libros de cuentos y novelas: *Pueblo nuevo* (1960), *Amor y muerte y otras historias* (1971), *La muerte hizo su agosto* (1980) o *Concierto al atardecer* (1992) además de numerosos ensayos literarios. Regresó a Zaragoza tras su jubilación en 1982, donde continúa trabajando y dando a luz poemarios como *Poemaciones* (1982), *Las colinas* (1989), *Cancionero segundo del recuerdo y de la tierra* (1992), hasta su reciente *Vida, Unidad de Tiempo... Poesía* (2001); crítica literaria y libros autobiográficos y memorialísticos entre los que destacan *Un caballito de cartón, memorias 1915-1925* (1996) y, sobre todo, *Vivos, muertos y otras apariciones, 1926-2000* (2000), todo un testimonio ejemplar e inestimable para acercarnos a nuestra historia literaria contemporánea.

A sus noventa años conversa con una lucidez espléndida. Con candorosa amabilidad va desentrañando recuerdos de aquellos años que caracterizaron a toda una generación poética que la crítica literaria ha denominado de 1936, aunque a él le guste más el membrete de 1931 por el acontecimiento histórico de la Segunda República, generación entre dos dictaduras. Ildelfonso-Manuel Gil vivió las experiencias vitales y literarias de su época, conoció y trató a todos los grandes poetas.

—*Sus memorias tituladas Un caballito de cartón evocan la infancia y juventud, ese caballo de cartón aparece también en un poema autobiográfico de Luis Rosales, la memoria de la infancia parece un símbolo de su generación...*

—No estoy nada convencido de que realmente haya existido una Generación del 36, porque los distintos críticos que polemizaron se atenían a

cosas disparatadas, llegaron a hacer una lista increíble de autores, donde había diferencias entre unos y otros de hasta treinta años. Por otra parte, como he dicho muchas veces, me molestaba pertenecer a una generación de 1936, que es un año inicuo en la historia de España.

—*Sí, es una verdad, usted en sus trabajos la denomina de 1931...*

—Claro, es mucho más justo, porque a muchos del grupo nos influyó extraordinariamente el acontecimiento del paso de la Monarquía a la República y tiene mucho más sentido llamarla Generación de la República que Generación de 1936; pero a la hora de estudiar a los poetas seriamente, no se encuentran los puntos comunes y la consistencia unitaria que tiene la Generación del 27. En nuestra Generación existen grupos: hay un grupo de Madrid, uno de Andalucía, uno de Barcelona, etc. Pero no creo realmente en eso, porque se han equivocado mucho con las individualidades y esto es importante, las personas han tenido en cuenta el factor de la amistad y de grupo, pero no las determinantes literarias como sucede con la Generación del 27 que tiene por ejemplo unas etapas, ellos comienzan al principio con el juego poético —están jugando a hacer poesía—, luego el gongorismo, etc.; pero en nosotros, pese a la amistad, no están esas determinantes. Así, por ejemplo, yo fui íntimo amigo de Juan y Leopoldo Panero, de María Zambrano, de Maruja Mallo, de José Antonio Maravall —que luego dejó la poesía—, de Ricardo Gullón, etc.; pero, yo no tengo nada que ver con la poesía de Leopoldo Panero, nada que ver con las ideas de Maravall, con la actitud de mi amigo fraternal Gullón, etc. Cada uno éramos nosotros, no teníamos el espíritu de formar un grupo estético.

—*Sí, pero como una vez apuntó Ricardo Gullón en sus artículos sobre la Generación del 36, existen hechos aglutinadores como las revistas, las tertulias, la Universidad Central, el magisterio de Ortega...*

—Bueno, pero todo eso ha venido mucho más tarde. Desde esta perspectiva sí que se puede hablar de grupos que teníamos cosas muy comunes, porque vivíamos en un mismo tiempo y teníamos unas mismas experiencias, pero eran amistades personales íntimas que no tenían ningún reflejo literario.

—*Una de sus primeras obras, La voz cálida, oscila entre clasicismo y vanguardismo, se vislumbra tanto Garcilaso como Salinas, pero hay una veta surreal muy interesante. ¿Considera Sobre los ángeles un libro básico para su Generación? ¿Cuáles fueron sus primeras influencias literarias?*

—Fui muy amigo de Rafael y de María Teresa, lo cuento en mis memorias...

—Sí, en *Vivos, muertos y otras apariciones donde usted recordaba cómo ayudó a vender el libro Consignas de Alberti por las Facultades de Medicina y de Derecho para financiar la revista Octubre...*

—Verá, con respecto a mis influencias yo era un chico de pueblo, viví hasta los 16 años en Daroca, hice el bachillerato en un convento de escolapios y tuve un profesor en cuarto curso que cuando nos enseñaba preceptiva literaria no sabía nada ni le importaba nada la literatura. Un desastre. Entonces mis lecturas eran muy malas, había leído febrilmente y me sabía de memoria *El tren expreso* de Campoamor —tan poco lírico—, también a Núñez de Arce, pero cuando escribí mi primera obra *Borradores*, no había leído ningún poeta posterior a Bécquer. El poeta que más admiro y más me influyó, el que me hizo de verdad escritor fue Bécquer.

Realmente fue en Madrid donde entré en el mundo literario. Todo vino de mi padre, que era farmacéutico y tenía en Daroca una farmacia muy acreditada. Él pensó que yo también me haría farmacéutico (viendo mi porvenir en aquella farmacia), pero a los 14 años tuve que elegir entre ciencias y letras, porque habían hecho un disparate de plan educativo —el plan Callejo que se llamaba— y le dije a mi padre que yo quería ser escritor. Se quedó anonadado, pero era una gran persona, cuando vio que hasta me sabía de memoria *El tren expreso* de Campoamor, comprendió que no era una chiquillada, que iba en serio. Mi padre murió cuando yo tenía 16 años y nos fuimos a Madrid, porque él había estudiado farmacia allí. Mi madre le había oído decir muchas veces la ilusión que le hacía que un día yo estudiase también allí; aunque había elegido derecho, nos fuimos a vivir a Madrid, principalmente por la cosa literaria. Fue mi madre quien me dio dinero para publicar *Borradores*, que no debería haberlo publicado; de hecho, durante mucho tiempo no lo puse en mi lista de obras, luego comprendí que eso era una estupidez.

Por lo tanto, no pude tener una influencia inicial de Alberti, porque en aquel tiempo desconocía absolutamente su obra, la leí mucho más tarde gracias a Ricardo Gullón, que tenía todos los libros del mundo porque su padre era el mejor abogado de toda la comarca de León e hijo único. Él tenía todos los libros que quería; yo no, porque no tenía dinero. Ricardo fue quien me habló de Alberti y, al principio, recuerdo que teníamos unas discusiones feroces, porque a mí no me gustaba, me refiero al Alberti anterior a *Sobre los ángeles*. Luego lo admiré mucho, pero no ejerció influencia sobre mí.

—*Lo apuntaba por la coincidencia de tópicos y elementos surrealistas en las composiciones primeras de muchos poetas de su Generación: Vivanco, Panero, Gil-Albert, Serrano-Plaja, Cela... incluso se vislumbra en algunos poemas de La voz cálida suyo...*

—Pues no. Esos rasgos surrealistas que aparecen indudablemente, que existen, que están ahí, eran si saber que existía una cosa que se llamaba surrealismo. Ricardo Gullón me descubrió todo y me hizo leer no sólo la literatura española sino también la francesa. La influencia verdadera que me llegó, no por la vía poética, sino por la vía sentimental, es la de Antonio Machado. También Salinas influyó mucho en mí, pero sólo en una época muy determinada, en el momento en que estoy descubriendo toda la literatura nueva del 27, en mi época madrileña. Para mí los maestros fueron Bécquer, Juan Ramón, Machado y Pedro Salinas.

—*En 1929, coincidió en la Universidad Central de Madrid con muchos de los escritores importantes de su Generación. Ricardo Gullón en un artículo de Ínsula y luego en posteriores ensayos (La invención del 98...) ha incidido en esta característica como núcleo aglutinador, señalando también el magisterio de Ortega (son muchos los que se reconocen discípulos orteguianos —Zambrano, Marías, Laín, Aranguren, etc.—), pero, sin embargo, ese magisterio no lo es tanto, sino Zubiri ¿Está de acuerdo?*

—No. En mi caso leí poco a Zubiri y había cosas que influían también. Zubiri era un cura que había dejado de serlo y no me interesó mucho, lo leí tardíamente. Ortega me gustaba mucho por el estilo, aunque no compartía la teoría de la novela deshumanizada. En un prólogo a una obra de Benjamín Jarnés, ya aludí al tema de la deshumanización. Comprenda que nada que escriba un ser humano puede ser deshumanizado, la misma función de la escritura es humana, si no existiera el punto de vista tendríamos que buscarlo porque tiene que existir.

—*Su generación se ve marcada por la vuelta a los presupuestos noventa-yochistas, por ese realismo histórico de estirpe galdosiana. ¿Cree que son una clave para su Generación, la historia, aquella ruta del Cid como los del 98?*

—Galdós influyó tardíamente. No nos interesó a fondo, sino en América porque había que dar cursos sobre él. Pero habíamos leído todos sus *Episodios Nacionales*.